

su sitio: Hay otros juicios similares de Góngora sobre otros poemas suyos. Cada autor ama más a su último hijo.

Dámaso Alonso considera en su *Góngora y el Polifemo* el presente estudio francés. Lamentamos no tener a mano el valioso trabajo de la profesora chilena Alicia Galaz Vivar, sobre el mismo tema, publicado en un mamotreto de Memorias de egresados, 1958.

A. L.

<https://doi.org/10.29393/At398-118LEMG10118>

*Leer y Escribir*, Antología de Alone. Selección y prólogo de ENRIQUE ESPINOZA. Zig-Zag, 1962.

—¿Le agrada en cierta forma que los escritores le teman?

—En cierta forma, sí. Me permite eso mayor independencia.

Dirigía la pregunta a Alone, hace seis años, cuando hacía tal vez dos horas que lo conocía. A pocos metros de donde nos hallábamos corría un estero, algo loco, que producía a ratos cristalinos choques contra las piedras. Yo miraba al crítico cuando éste miraba al agua. Lo había leído durante toda la vida, y admirado. Y por quizá qué capricho —romántico, seguro— había rehuido hasta la terquedad toda ocasión de conocerlo. Ahora estaba ahí; hasta, si extendía el brazo, podía tocarlo para comprobar que estaba en carne y hueso. Pertenezco a la lamentable casta de los hiperestésicos y éstos saben bien que, paradójicamente, en determinadas circunstancias la facultad receptiva se endurece y por lo mismo que está puesta a prueba se niega a "recibir", o más exactamente tal vez, a manifestarse en impresión ninguna. Ese hombre que estaba ahí, elegante, canoso, de rostro un poco hermético pero pronto a la risa, de voz como controlada pero animándose a cada palabra, de mirada tan aguda como reluctante y, sin embargo, velada, en intermitencias rapidísimas, por la suave bondad, era, pues, el discutido crítico. Yo observaba todo eso en él, pero mi reacción continuaba en blanco. Ya vendría después... Por ahora aparecía de mucho interés saber que no le desagradaba del todo el miedo que le tenían los quisquillosos escritores. Miedo nada extraño porque a veces él ataca como flecha, a fondo. Sin embargo, mirándolo, también pude recordar que se le tachaba —algunos con gran enojo— de proteico, acusación por él mismo fomentada: un escrito suyo se titula *El Deber de Variar*, y apela en él a Barres: Il y a une seule chose supérieure a la beauté: c'est le changement. Entonces... No siempre le placería aquel temor de los que escriben y cuando exalta a alguno —equilibrando sus ataques a menudo exalta también con suma penetración y exactitud— de seguro que su espíritu habla de conocer el buen placer de que el prójimo literato se sienta comprendido. Aunque debe reconocerse que esta especie de prójimo siempre halla que el panegírico fue corto... Pero había algo más aún: Alone, el debatido, el aristocratizante y reaccionario, ha escrito trozos inolvidables a

los que la sinceridad, la modestia, la confesión por muchos tan resistida, baña de algo que bien podría llamarse redención . . . :

*"...sufría mucho a la edad de usted porque pasaba por el centro, por la Alameda, y nadie me conocía, nadie me saludaba..."*

*"...me dolía el no ser nadie dentro de una multitud. Por eso he escrito, en gran parte, en parte principalísima".*

El tiempo ha pasado. He seguido leyéndolo, hasta ayer mismo en que terminaba la Antología que Zig-Zag acaba de publicar, con selección y prólogo de Enrique Espinoza. Este prólogo se lee con curiosidad, especialmente por parte de un novelista: ¿Qué dice un crítico de otro crítico? Tanto más habida consideración de la fama de exigente que rodea al argentino. Desde luego, si un escritor acepta trabajar en la antología de otro es porque la obra de éste se cuenta entre las de su preferencia, mas no es óbice para que formule observaciones, para que opere ante el público, como el propio Alone ha dicho, al modo de "una palanca de efecto multiplicado". Espinoza muestra aquí como siempre su estilo ascético, su rigor discriminativo y esa especie de "saber ortodoxo" que emana de quien pasó las tres cuartas partes de su vida leyendo con pasión (pasión, sin embargo, que nos ha parecido siempre constreñida y vigilada en sus escritos con exceso. Cabe observar no obstante el curioso fenómeno de que pese a ese constreñir y severo vigilar, nunca tienen sus ensayos o críticas el tono del profesor en ejercicio). Y bien, su breve semblanza literaria del antologado se impone por su seriedad y acuciosa síntesis, y peca por una cierta vaga dureza general. Tal dureza ¿en qué consiste? He ahí lo difícil; porque si decimos que sea quizá una cierta ausencia de entusiasmo ello se invalida desde el momento en que estimamos que esta ausencia da un valor de especial autenticidad al elogio que, sin duda, hace y no escatima a nuestro crítico máximo. Renuncio, entonces, a ahondar en esa "vaga dureza" —que bien puede ser una pura impresión personal— tanto más que Alone surge indemne de ella.

En la página 17 dice Espinoza: "Sobre Alone se ha escrito muy poco en Chile y casi nada fuera". ¿Por qué? Yo diría: porque el propio Alone, a diferencia de otros, no se ha hecho bombo jamás ni reparte con profusión sus escritos. He viajado un poco por Latinoamérica y para mi gran sorpresa, gentes "leídas" y también literatos, me han nombrado a críticos nuestros de escaso mérito o ninguno, y para nada han aludido al cronista literario más eminente de este país y de varios otros. Y aquí viene a tiempo una interrogante: ¿quién, en el futuro, sucederá a Alone? El horizonte se divisa despoblado. Todos hemos leído enconados ataques, enfáticas declaraciones de que en Chile se hace crítica impresionista, que no existe la crítica científica, etc. Pues bien, probemos, digo, a que cese Alone de hacer crítica literaria y entonces sabremos lo que el extraordinario cronista significa para la vida de los libros en este país. Que se equivoque, que se deje llevar por su apasiona-

miento no va a negarse a ciegas, mas ese mismo equivocarse, esa arbitrariedad misma, expresados por él en su estilo peculiarísimo cuyos reflejos inimitables arrancan por raro secreto de la fluidez familiar y llana de su frase, encienden la llamita que hace estallar, a la distancia, el explosivo. El contraataque, franco u odioso, no se hace esperar y como "Alone no es estrictamente seráfico" que dice González Vera, suelen arder los ánimos. Resultado: mueve el medio literario; y siendo enemigo "no fácil", ocasiones ha habido en que crítico y criticado alcanzan la máxima brillantez de sus dotes; hace sentir al público, entonces, que los escritores y las letras en última instancia determinan la medida trascendente de un pueblo.

Es también González Vera quien, en descripción brevísima —única por lo demás, que hasta aquí ha llegado a mis manos—, hace su mejor retrato físico: "Su rostro es alargado. De la frente a sus ojos, muy brillantes, es un hombre del siglo. La otra mitad, mejillas y mentón, corresponden al ayunador o anacoreta". Sin embargo, recuerdo a alguien que, sin quererlo, lo contradijo. Una vez, antes de yo conocer a Alone, pregunté a cierto joven amigo mío y suyo, "cómo era" y luego de hacerme una descripción harto difusa, dijo inopinadamente: "los labios no son finos". Desde que lo conozco, muchas veces, recordando esa frase repentina, he observado al crítico "críticamente", y he podido comprobar que posee unos labios nada avaros, mas, precisamente, ¿dados al siglo? No. Me atrevería a asegurar, paradoja aparte, que son la expresión física del más apasionado intelectualismo que cabe hallar en el sujeto humano. Recuerdo que un viejo escritor, D. Guillermo Labarca Hubertson, decía de él: "este hombre no vive para otra cosa que los libros". Gran verdad; y es en el mundo de las letras y sus infinitas marañas, percusiones y misterios, y sólo en él, donde Alone desarrolla inagotable, vivaz y múltiple su capacidad excepcional de comunicación y análisis. Cuando se aparta de tal mundo y cede a las fuerzas profanas —que nuestra época, es cierto, conjuran a veces brutalmente— la universalidad de su inteligencia sufre mengua.

A través de la Antología en cuestión y remitiéndose a lo nacional puede uno formarse un cuadro de las grandes predilecciones de Hernán Díaz Arrieta, y que serían: Portales, en política; Andres Bello, humanista; Alberto Blest Gana y Pedro Prado, novela; Gabriela Mistral, poeta; Francisco Encina, historiador. Ya más fluctuante, ha escrito elogios no superados de Neruda y Eduardo Barrios, y de éste o aquélla de las nuevas promociones.

Observé al comienzo el temperamento proteico de que se inculpa a Díaz Arrieta. Consecuencia de él podría ser la pasmosa aventura vivida en Madrid y relatada por Alone en uno de los más expresivos y vibrantes artículos que puedan darse en un tal caso. Este artículo lo recibí en México, escasos días después de haber estado conversando con alguien sobre el crítico. De esta charla, en especial la de mi interlocutor, todo hubiera podido predecirse menos el asombroso, candente percance. Si no hubiese tenido en las manos el artículo remitido por el propio Alone, lo habría negado sin más. Y bien, pasada la estupefacción sobrevino una fina, afectuosa emoción de simpatía para el lejano compatriota. ¿Podía, pues, él, hacer de modo que lo detuvieran

en el mismísimo puerto aéreo como a un temible revolucionario?, ¿él...? ¿Y qué cara estarían poniendo sus comunistas enemigos? (Creí hallar entonces la causa en un relativamente antiguo artículo escrito por él a raíz de la muerte y el sepelio de Ortega y Gasset. Allí, escritor ciento por ciento, protestó del trato dado a otro escritor ilustre. Buena memoria, pues, la de don Francisco Hermenegildo Teódulo Franco Bahamonde).

Le changement... vehículo inevitable en un vivir intenso, interior o mundano, modo absoluto del conocimiento y la evolución. Un día, el admirador de Maupassant, va a declarar:

"Cuando se acaba de pasar por Proust y por Sartre, ciertas páginas del maestro perfecto, cuadrado y sólido, nos vuelven del automóvil, del avión, al brioso, pero demoroso carruaje con caballos, magnífico de apostura, demasiado lento, y, también, pomposo".

El francés famoso no puede ya protestar. En cambio acá, un poeta cuyo genio parece pesar sobre cuanto le rodea, en un reciente discurso académico, bellissimo, da, de pasada, al crítico junto con reconocer su ayuda: "Nuestro maestro nacional de la crítica, Alone, que es también maestro en contradicciones...".

Pero sabido es que sólo cierto onocéfalo no cambia.

Abarcando, de lejos, como es natural, su vida de solitario, sumariamente podría decirse que, a semejanza de Sainte Beuve, se le ha conocido un solo gran sentimiento: La Sombra Inquieta, aquella Shade "mujer de infinita seducción" (¿qué decir de esta fidelidad invariable a su memoria, antinomia de sus cambios?). La novela biográfica por ella inspirada hizo escribir a Alone notables páginas de juventud, bastante excepcionales en su época, todavía saturada del peor romanticismo. Espinoza recoge algunas en las que pueden espigarse a menudo líneas como las siguientes:

"El cementerio se llenó de un rumor apagado y universal".

"Hay cosas que con sólo expresarlas toman otro aspecto, se parecen a las demás y pierden su carácter".

"Esos seres que se encierran para toda la vida, consagrándose a esa ilusión, perpetuamente arrodillados delante de un altar vacío saludando a lo que no existe...".

"De pronto, la cruz de una defunción saltóme a la vista, se agrandó, flameó ante mis ojos...".

Pero avancemos en el tiempo y veamos este trozo de crítica a un libro de Sanín Cano, en el que, elogiando al ilustre ensayista, da al periodismo una cálida remozada que hace olvidar un poco los bajos instrumentos de que este mismo periodismo en otras manos se vale, ¡hélas! con creciente frecuencia:

"El tono simple de su prosa y el esmero que pone en no usar términos raros, su frase transparente, tranquila, libre de propósito efectista, su visible

deseo de que lo entienda el mayor número, permiten clasificarlo en la máxima categoría del género periodístico, allí donde éste iguala a los grandes y no cede a ninguno en dignidad”.

Y acá, una pincelada descriptiva típicamente aloneana:

“¿Qué tiene este breve poema, sordo, discreto, de ojos bajos, de voz meditativa y tono menor, que abre y cierra en un mínimo espacio un círculo eterno, resonante?”.

Ha aludido, por supuesto, a la célebre canción de Juan Guzmán Cru- chaga, sobre el cual agrega:

“He ahí una de las más bellas y legítimas entre las diversas maneras de sobrevivir”.

Sí, ¿cuál es, precisamente, el encantamiento de esa breve canción que sobrevivirá a su autor? Ello nos trae el recuerdo de Le Grand Meaulnes: ¿dónde, cómo ese delicioso imponderable que nos lleva con el libro? Esto no lo sabe ni el lector, ni el autor, ni el crítico. Siendo así, el camino para saberlo se esquiva de hecho a la llamada crítica científica que tanto echan de menos los empeñosos literatos. El consuelo que a éstos ofrece Alone no es menos escurridizo:

“Todos llevan adentro una partícula inmortal; pero no todos lo saben”.

El mismo crítico ignora, sin duda, los orígenes de su propio estilo que en algunos de sus opúsculos ilumina y eleva la tensión de su arte de escribir, consiguiendo la más difícil de todas las comunicaciones: la emoción esquivada, a veces terrible en su mismo afinamiento:

“Es que sus voces (las Campanas de Nuestra Señora de París) metálicas y puras no procedían solamente de allí, de la vieja Catedral, ni del siglo gótico, místico, histórico, ni de la novela o el drama, sino, también, desde el fondo de mi infancia perdida. Yo las había oído sonar allá, en el país cuyo nombre me anudaba las cuerdas vocales, alrededor de una vasta heredad campesina, entre cerros; y al escucharlas resucitaban oídos largo tiempo ha sordos y volvían a abrirse en la sombra ojos cuyos párpados había cerrado con mis manos”.

Reminiscencia penetrante, sensibilidad exacerba que conoce todo el que salió de su patria y se siente solo, tremendamente desarraigado en la ciudad extranjera, enorme, repoblada hasta lo monstruoso. Campanas que oímos desde que nacemos y cuyo sonido quizá heredamos desde infinitas generaciones.

Quiero recordar, en fin, que lo que podríamos llamar el modo grave, impositivo, de indiscutida “tribuna crítica”, de Alone, tiene una de sus más genuinas muestras en sus conocidos estudios sobre la Mistral, en los que la inteligencia y lucidez precursora de su análisis corre pareja con el tono sostenido y apasionado de su frase. Su otro modo, el reverso, se caracteriza por

la gracia incisiva (¿adicionada a veces de la pequeña gota de veneno?), el ático ingenio que sus lectores de largos años tan bien conocen. Abunda en su enorme producción. En algunos casos se torna de veras lapidario, muy posiblemente —a veces— más como consecuencia de la expresividad vivísima de su prosa que de la intención; mas en otros, como en aquella Muerte de Luis Durand, la frase epigramática va envuelta en ese halo de bondad y simpatía que Alone guarda, cuidadoso, en los repliegues de su pensamiento y que no obstante aparecerá siempre, en último término, como el verdadero secreto de su índole.

MARÍA CAROLINA GEEL.

*Esquema de poética*, de ELEAZAR HUERTA. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1962

Las palabras Poética, Estética y Estilística, en cierto modo, y en función del uso, han llegado a ser sinónimas. Tienen como finalidad inmediata dilucidar las condiciones y la esencia de lo bello. Al situarlas en los recintos de la específica creación literaria, esas palabras, profundas y amplias, adquieren valoraciones concretas. Y así, en nuestros días, un tratado de Poética implica y contiene la visión exhaustiva de la obra literaria ya terminada, de su génesis y proyecciones psicológicas.

En la Antigüedad, Platón, Aristóteles y Plotino establecieron formulaciones estéticas puras. El término "estética", como ciencia de lo bello y como filosofía del arte, fue creado por Alexander Baumgarten, dando nacimiento a una rama frondosa de las disciplinas filosóficas. Dícese que fue Kant quien introdujo en el lenguaje la palabra "sensibilidad", poderoso recurso para enfrentar el análisis de las creaciones artísticas. Benedetto Croce y Dilthey crean originales sistemas de penetración en los reductos estéticos. Sin embargo, el problema, complejo y siempre variable, presenta todavía zonas vírgenes. Tales, por ejemplo, el análisis del lenguaje estético comparado con los demás lenguajes, el estudio de los juicios estéticos dentro de la vida humana, la relación entre la forma y la materia, entre cobertura lingüística y esencia de la obra.

Esos problemas aborda el profesor Eleazar Huerta. Su libro, pletórico de originales ideas, se titula *Esquema de Poética*. Forma parte de las publicaciones de la Universidad Austral de Chile.

El libro tiene una inteligente y rítmica vertebración. El autor analiza el concepto de la literatura, las acepciones de "poesía" desde Aristóteles hasta hoy, la complejidad y plasticidad de la obra literaria, el mundo de la ficción con sus entes y niveles humanos, la simbolización y claves del texto literario, el yo poético y el punto de vista, la estructura y convenciones en los géneros literarios.

El panorama de la estética, sustentado en fuertes pilares ideológicos, se despliega ante nosotros problemático, vivo, sin el lamentable peligro de la